

ENTONCES VINO UN HOMBRE RICO DE ARIMATEA

THEN CAME A RICH MAN OF ARIMATEA por John Scarsbrook, Killamarsh, Inglaterra. Publicado originalmente en Volumen 70, Número 4, Noviembre 2015 por © *Precious Seed International Magazine*. Todos los derechos reservados.

Es Santiago quien, en su Epístola, subraya el hecho de que la fe genuina siempre estará acompañada por obras apropiadas. Un José se encuentra en ambos, en la entrada y en la salida del camino terrenal del Señor Jesús. Ninguna palabra hablada se registra de ninguno de los dos, sin embargo, por sus acciones, dieron evidencia que su estima del Señor Jesús era tan profunda y verdadera como la de cualquier individuo en los cuatro evangelios.

El registro de José de Arimatea, aunque breve, nos presenta a un hombre de valentía extraordinaria y devoción desinteresada. Todo lo que sabemos de él se encuentra al final de cada evangelio después que las tinieblas se habían retirado y la multitud se había dispersado, dejando tres cuerpos torturados y sin vida en el patíbulo ensangrentado del Gólgota. La tradición ha buscado embellecer la vida de José, pero la palabra inspirada es suficiente para ocupar nuestra atención y tocar nuestros corazones mientras consideramos la impresionante tarea emprendida ese día por el más improbable de los hombres.

Mientras Mateo escribe su evangelio, el Espíritu de Dios ocupa su mente con la escritura del Antiguo Testamento, familiar a la nación a la cual Mateo dirige su registro principalmente. A lo largo de sus veintiocho capítulos no hay menos de 130 citas directas, referencias y alusiones al Antiguo Testamento. Para la mente judía, si no tiene las trabas de la intolerancia y el dogmatismo, se da clara evidencia de que Jesús de Nazaret tiene que ser el Mesías prometido.

Por tanto, no es sorpresa que la presentación que hace Mateo de José, aun antes de que se mencione su nombre, le recuerda al lector que, aunque los hombres dispusieron su sepultura con los impíos, era esencial que un hombre rico debiera asistir a su entierro. ¡Las Escrituras no pueden fallar! Aprendemos que José era un discípulo del Señor, pero eso no era suficiente en sí mismo para cumplir la profecía de Isaías capítulo 53 versículo 9. Él debía también ser rico: ¡y lo era! De hecho, al único que se le llama así en el evangelio de Mateo.

Todos los escritores de los evangelios registran que él era de Arimatea. Muchos estudiosos de las Escrituras identifican este lugar con la Ramá del Antiguo Testamento. Si esto es así, entonces recordamos que esta era la ciudad natal de Samuel. Escribiendo

sobre la vida del profeta, W. W. FEREDAY lo llamó "El hombre de emergencia de Dios", una adecuada descripción para este hijo de Ramá del Nuevo Testamento.

El nombre José significa "Él añadirá", recordando la experiencia de Raquel, la esposa de Jacob, cuando le nació un hijo luego de aquellos estériles e infructuosos años. Dondequiera, en la Escritura, que hay un José, hay esperanza. El hijo de Raquel dirá más tarde a sus hermanos, "Para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros", Gn. 45:5. La palabra angelical a José, el esposo de María, fue acerca de Uno que "salvaría a Su pueblo de sus pecados", Mt. 1:21. Para el hombre natural, el Calvario habla de fallo, derrota y pérdida. Pero un José permanece junto a la cruz y Benoni, "hijo de tristeza", se convierte en Benjamín, "hijo de mi mano derecha", y la esperanza de la victoria está asegurada.

El relato de Mateo nos enseñará, sobre todo, lo que le costó a este hombre rico emprender su tarea aquel día. Le costaría su posición en la sociedad. Su cuidado por el cuerpo del despreciado nazareno le cerraría la puerta del Sanedrín judío en su contra. Su reputación se arruinaría a los ojos de sus iguales en Jerusalén. El costo de proveer una tumba, y ese "su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña"; sólo Mateo enfatiza los pronombres personales. El ministrar de sus bienes a otro necesitado le costó a José todo lo que apreciaba.

Cuando Marcos toma su pluma para escribir sobre José, permaneciendo en el espíritu de su evangelio, se interesa no tanto en el costo sino más bien en la causa. ¡No en lo que hizo, sino por qué lo hizo! Como siempre en el evangelio del siervo, él examina el motivo detrás de las acciones. Marcos tomará un momento para considerar cómo José llevaba a cabo su negocio rutinario diario y registra que él era un "miembro noble del concilio", Mr. 15:43.

Entonces se nos dan dos razones de por qué José emprendió esta tarea onerosa. Primero, "porque era la preparación... la víspera del día de reposo". Como judío piadoso, sentía respeto por la palabra de Dios, y Deuteronomio capítulo 21 decretaba que el cuerpo de un hombre colgando de un árbol no debía "pasar la noche sobre el madero", sino que debía ser sepultado ese día. La segunda razón era que "también esperaba el reino de Dios". Como Simeón, en la venida del Señor, él esperaba con confianza, paciencia y expectación y se había convencido que este Jesús de Nazaret era Aquel profetizado. La extraordinaria fe de estos dos hombres ilumina las páginas de la Escritura. Simeón vio el cumplimiento de sus esperanzas en un pequeño bebé; José lo vio en el cuerpo sin vida de un hombre crucificado! Los dos motivos que guiaron sus acciones ese día fueron obediencia a la palabra de Dios y devoción al Cristo de Dios. ¡Qué lección en el servicio para todos los creyentes!

Marcos nos dice que José entró osadamente a Pilato, "y pidió el cuerpo de Jesús". Pilato está entre otros en el evangelio quienes, en algún momento, se maravillaron del Señor Jesús, de Sus obras, Sus palabras y Sus maneras. Pilato expresó sorpresa de que Él ya estuviese muerto. Lo que él no entendió fue que el siervo perfecto sabía exactamente que había un "tiempo de morir". No por el mandato de Roma ni por el de Herodes, no por el capricho de los gobernantes judíos, sino según el plan divino concebido en los consejos eternos "antes de la fundación del mundo". El conmovedor registro de Marcos dice, "el cual... quitándolo, lo envolvió... lo puso". Las cenizas preciosas del sacrificio, descansaban en un lugar limpio, Lv. 6:11.

Lucas pinta su relato de José desde un ángulo ligeramente diferente. Él no está preocupado por el costo o la causa, sino nos dirá algo del carácter de José. Consistentemente en su evangelio, Lucas observa a un número de individuos, presentándolos frecuentemente con la frase "un hombre (o varón) llamado". Todos, por supuesto, son vistos en contraste con el objetivo primario de Lucas, que es examinar cuidadosamente al Hombre perfecto y dar su veredicto. Esto lo hace primeramente a partir del juez que preside la más alta corte del país, "no hallo en este hombre delito alguno", y después de los labios secos de un criminal atormentado y moribundo, "este ningún mal hizo".

El Espíritu de Dios nunca dispensa elogios de una manera arbitraria o casual; necesitan ser merecidos. Así que, cuando Lucas es inspirado a registrar de José que, "era varón bueno y justo", él se ubica junto con otras personalidades muy dignas del Nuevo Testamento. Bernabé, ese "hijo de consolación" de Hechos capítulo 4 es el otro único individuo en ser descrito como "varón bueno", y solo otros tres en los registros de los evangelios, José, el esposo de María, Simeón y Juan el Bautista son considerados "justos", ¡ciertamente una compañía respetable!

Lucas nos dirá también que José era coherente y honesto. Él no era ni una persona servil, ni un hipócrita. Cuando se trazaron los planes intrigantes y clandestinos para atrapar al Señor, José estaba allí, pero él "no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos", Lc. 23:51. Sin embargo, ahora, se debían tomar decisiones y José "fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús". La palabra "pidió" no implica una actitud cobarde y servil, sino más bien a un solicitante pidiendo algo de uno que tiene la autoridad de conceder su petición. Marcos nos dice que José entró osadamente, confiado, a Pilato. Lucas mantendrá su tema de la absoluta pureza e impecabilidad del Señor Jesús, apoyada más tarde por Juan, al registrar que el sepulcro prestado era uno "en el cual aún no se había puesto a nadie".

El registro de Juan es diferente. Mientras considera a José no hay ninguna mención de riquezas, de lo honorable, lo bueno o lo justo. Él es simplemente un discípulo, e incluso

que lo era “secretamente por miedo de los judíos”. Eso nos da la clave para el testimonio de Juan sobre José. Si, como hemos visto, Mateo considera el costo, Marcos la causa y Lucas el carácter de José, Juan revelará el conflicto que atrapaba todo el ser de este hombre, mientras la sombra en el reloj de sol avanzaba inexorablemente hacia el comienzo del Sabbat. Las piernas de los dos ladrones habían sido quebradas con un mazo de hierro, acelerando la muerte por shock y asfixia. El cuerpo sin vida sobre la cruz que estaba en el centro que había recibido, *post mortem*, una deshonra final de una lanza romana, ahora esperaba ser quitado del Gólgota para cumplir el reclamo de las autoridades judías de que “fuesen quitados de allí”, Jn. 19:31.

Los eventos de aquel día, parecieron haber sido orquestados por los judíos, por Poncio Pilato y un destacamento de soldados romanos. ¡En realidad, cada uno de ellos estaba, a su manera, moviéndose bajo el poder inexorable de la palabra viva de Dios, dicha y registrada muchos siglos atrás! Tantas escrituras se cumplieron ese día en el Calvario, y cuando José vino de la presencia de Pilato con autoridad para quitar el cuerpo de la cruz que estaba en el centro, las palabras de Isaías, dichas unos 700 años atrás, ahora tomaron significado.

El momento casi había pasado, él debía estar firme, sin dudas José midió el costo, entonces la decisión fue tomada, seguiría los pasos del Maestro hasta el Calvario. Tal vez pensó que sería un camino solitario, y, si solamente tuviéramos los evangelios sinópticos, ese parecería ser el caso. Pero Juan ahora atrae la atención hacia otra figura: moviéndose lentamente, cargado con “como cien libras de especias aromáticas”, fragantes y costosas. Juan había fijado su vista en Nicodemo desde el capítulo 3 de su evangelio; allí nos habla de un hombre confundido. En el capítulo 7, Juan lo ve preocupado. Pero ahora en el Gólgota él es un hombre convertido. El Señor le había recordado a Nicodemo de la experiencia de la nación en el desierto y la serpiente de bronce levantada, añadiendo a manera de explicación, “así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”, 3:14. Él podía haber dicho, “y tú lo vas a abajar”, pero se contuvo; el Espíritu de Dios debe hacer Su obra.

Y así vienen. Dos hombres del mismo rango de aquellos que persiguieron al Salvador hasta el Calvario, ahora unidos en compañerismo, listos para dar los primeros pasos siguiendo al Nazareno despreciado.

Delicadamente Lo bajaron
 Sus manos y pies desclavaron,
 La corona de espinas de Su cabeza quitaron,
 La sábana mortuoria desplegaron.

[ISAAC EWAN]